

Cruzarse de brazos

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Ésta parece ser la actitud que mantiene la Unión Europea respecto de uno de los asuntos más preocupantes que están en estos momentos encima de la mesa: el fin del tratado nuclear firmado con Irán en 2015. El abandono unilateral del mismo por la Administración Trump está generando una crisis de envergadura en una zona del mundo que no gana para sobresaltos. Si en tiempos de Obama se consiguió empezar a normalizar las relaciones con el país de los ayatolas, la llegada del nuevo inquilino de la Casa Blanca no hizo sino dar al traste con esa estrategia de acercamiento y de atar en corto el programa nuclear iraní. La verdad es que en este punto Donald Trump nunca ha sido lo suficientemente claro, porque no ha podido desmentir los informes de los expertos del Organismo Internacional de Energía Atómica que decían que, hasta la fecha, Teherán siempre había cumplido con lo pactado. Yo me inclino a pensar que no hace sino seguidismo de los intereses de Israel y, en menor medida, de Arabia Saudí. Sea como fuere, lo cierto es que, tras la ruptura, Washington ha vuelto a las sanciones, generando un enorme malestar en las autoridades iraníes, que ven cómo sus ingresos por la venta de crudo se han reducido enormemente, lo que supone nuevos sacrificios para una población que ha padecido mucho desde la revolución.

El presidente de la República, Hasan Rohani, ha declarado en numerosas ocasiones el deseo de Irán de seguir dentro del pacto, pero, eso sí, con garantías. Cosa que ahora no ocurre. De ahí que en mayo lanzara un órdago a Alemania, Reino Unido y Francia y a la propia UE, solicitando compensaciones para contrarrestar las medidas tomadas por Trump. Dicho plazo ha vencido y las potencias europeas apenas han movido ficha. Por tanto, Irán ha comenzado a enriquecer uranio por encima del previsto 3,67%, amenazando con seguir por esta vía si no se atienden sus demandas. Como era de esperar, algunos gobernantes han puesto el grito en el cielo por semejante medida, pero se impone proporcionar a Teherán una solución adecuada. ¿Acaso pensaban que no iban a dar una respuesta? Desde luego, era de esperar una réplica de esta naturaleza, ya que quien realmente está incumpliendo lo estipulado son los Estados Unidos, el verdadero culpable de cuanto está sucediendo. Sólo Rusia y China se han abstraído de la política norteamericana, tratando de seguir con el compromiso.

Y, mientras, los europeos perdiendo peso a nivel internacional. De hecho, en el plazo dado por Irán se han producido las elecciones al Parlamento de Estrasburgo y las negociaciones para repartirse los mejores cargos de la UE, dejando de lado un problema tan importante. Es como si a nadie le importase de veras esta cuestión y hubiesen dejado todo el protagonismo al Tío Sam. Angela Merkel está en horas bajas y bastante ha hecho en tratar de sacar adelante a su discípula Ursula von der Leyen para regir la Comisión Europea. Theresa May, en funciones y a la espera de ser sustituida por uno de sus correligionarios en el 10 de Downing Street. Macron, a su vez, no ve despegar definitivamente su liderazgo al frente del club y, además, representa a un país relativamente pequeño. Por no hablar de que la propia Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Federica Mogherini, también está en tiempo de descuento, pues pronto será sustituida por Josep Borrell. En definitiva, que en estas condiciones de precariedad política considero que el asunto de Irán ha quedado en un segundo plano, lo que, sin duda, es una equivocación de enormes dimensiones, dadas las implicaciones que ello tiene para nuestra economía. ¿Cuántas empresas europeas

habían ido a Irán a tratar de hacer negocios? ¿Cuántas misiones comerciales y contratos podrían irse al garete por la prepotencia de un personaje como Donald Trump?

La detención de un barco con petróleo persa que se dirigía a Siria en aguas próximas a Gibraltar sólo pone de manifiesto cuanto estoy comentando. La acción fue llevada a cabo por la Marina Real Británica por órdenes de la Casa Blanca, al entender que se estaba violando el embargo al régimen de al-Asad. Irán tildó el acto de piratería y amenazó con detener un navío de esa nacionalidad en el estrecho de Ormuz, tal como trató de hacer el 11 de julio, teniendo que intervenir una fragata de la Armada de Su Majestad sin que la cosa fuese a mayores. Pero, al margen de lo anecdótico, la lectura es clara: Reino Unido está dispuesto a hacer cuanto le diga Washington. Y esencialmente si es Boris Johnson quien toma el relevo de May en la jefatura de gobierno. Firme partidario de mantener esa “relación especial” entre los dos países, de la que habló Winston Churchill en 1946, el ex alcalde de Londres sería partidario de sacrificar el arreglo con Irán y ponerse en manos de Trump sin apenas contrapartidas. Defensor del Brexit por las bravas, ve en Estados Unidos una de las tablas de salvación en el momento en que Gran Bretaña salga de la UE. Por eso no ha mostrado su apoyo al hasta ahora embajador británico en Washington, Kim Darroch, quien se ha visto obligado a dimitir al haberse hecho público ciertos cables en los que llamaba inepto al multimillonario estadounidense. En fin, que, con actitudes así, los europeos no quieren hacer nada que pueda irritar a Trump y con ello no se dan cuenta de que caminan hacia la irrelevancia política. ¿Toca cruzarse de brazos?

13 de julio de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 22 de julio de 2019, p. 16